

Conjunción. Algunos componentes del pensamiento fundacional Valeriano vigentes en la Cuba de hoy	Título
de Céspedes García-Menocal, Carlos Manuel - Autor/a	Autor(es)
Honda (no. 25 2009)	En:
La Habana	Lugar
CEM, Centro de Estudios Martianos	Editorial/Editor
2009	Fecha
	Colección
Pensamiento filosófico; Varela, Félix; Teología; Filosofía; Cuba;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Venezuela/cem-ucv/20100331092848/03-Algunos_componentes.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



CONJUNCIÓN. ALGUNOS COMPONENTES DEL PENSAMIENTO FUNDACIONAL VALERIANO VIGENTES EN LA CUBA DE HOY

Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal



Félix Varela y Morales (1788- 1853)

*Lávame el alma, lávala te digo
antes que caiga de pecados muerta!
Límpiale el odio del combate, el fiero
tesón y el polvo cruel de la derrota;
la inanidad del triunfo y la ventura.
A ver si brilla al fin como el lucero
del cielo de la tarde, cuando flota...*

RAFAEL ESTÉNGER, *Mar de estío*

Introducción

Me resulta imposible evitar que a los lectores de este texto les asalte la impresión de que ya lo han leído. Durante más de veinte años he hablado y escrito sobre el padre Félix Varela, en Cuba y fuera de ella, tanto en ambientes eclesásticos, como en ambientes culturales de diversa índole. Además, al escudriñar su pensamiento y contemplar sus cualidades, en su momento histórico, casi siempre he hecho referencias a su proyección sobre la sociedad cubana actual, *como imagen real de ejemplaridad sacerdotal católica, como elaborador de un pensamiento congregante y como paradigma de civilidad razonable*. Si el personaje tomado en consideración es el mismo, si el escritor también lo es, si los lectores son homologables a los anteriores y si el tema está enlazado con los tópicos previos, las repeticiones resultan ineludibles. Así pues, en el texto actual me he servido de algunos escritos anteriores, pero he añadido reflexiones recientes.

Por otra parte, la estrofa de *Mar de estío*, de Rafael Esténger, aparece citada por mí en más de una ocasión cuando me refiero a sociedades en cambio. Según mi criterio, para ser agentes positivos de cambio social, es imprescindible tener el alma limpia de los odios del combate y vacía de la inanidad del triunfo y, con mayor razón, si de ventura se tratara. Tesón sí, pero nunca fiero, sino humilde. Dolor, quizás, ante algunas derrotas personales, pero sin la arrogancia y la cobertura de polvos crueles, sino

con el brillo de la paz serena, posible solo en quien empeñó lo mejor de sí teniendo ante los ojos el bien de los otros, no el suyo propio. El padre Varela encarna y promueve en nosotros –los que no dejamos de contemplar su existencia, ni de leer sus textos–, las cualidades buenas que poetiza Esténger, resumiendo en su poesía tersa lo que yo trataré de expresar en estas cuartillas en prosa.

He encabezado mi texto con el título Conjunción, palabra derivada del latín coniunctio, que significa raigalmente “unión firme”, porque puesto a pensar en el pensamiento vareliano, considerándolo “filosófico stricto sensu” o no, este aparece ante mis ojos, en sí, como un pensamiento conjuntivo: ecuménico, estimulador de uniones completivas, coordinantes, finales e ilativas. Su filosofía ecléctica o electiva no pretende otra cosa, aunque para hacerlo tenga que recurrir a giros filosóficamente condicionantes y/o disyuntivos.

El último de estos esclarecimientos previos toca la esencia misma del tema de este texto: el padre Varela y la filosofía en Cuba. Y comienzo con una pregunta: ¿Fue el padre Varela filósofo o solamente un pensador inteligente? La respuesta depende de lo que entendamos por filosofía. Me permito citar a Medardo Vitier:

Brevemente, ¿qué es la Filosofía? Para Platón tenía una finalidad ontológica, se proponía conocer el ente, el ser, en su naturaleza y relaciones más universales. Aristóteles, más positivista, la consideró como el conocimiento por las causas. Fichte da una definición clara. Estima la Filosofía como “la doctrina de la Ciencia”, lo cual comprende solo el aspecto lógico; excluye el ético, o de los valores. Augusto Comte que quiso descartar todo factor metafísico de su sistema, la vio como el estudio de los resultados más generales a que llegan las ciencias particulares.

Y continúa nuestro autor:

Hay un concepto que es común a todos los criterios filosóficos: el de universalidad. Cada ciencia [...] se limita a una clase de hechos que clasifica y explica. El filósofo busca, con mirada más abarcadora, la razón de ser fundamental del Universo y del hombre; una iluminación del sentido totalitario del ser y de la vida [...] Queda en pie una realidad: el interés constante del hombre por las cuestiones fundamentales. Es una necesidad unificadora de la razón humana [...]¹

Espoleado por esa necesidad unificadora, que él mismo había recibido en el orden de la fe, el padre Varela se consagró a trabajar por ella en el

orden de la razón. De ese esfuerzo, sorprendente en la Cuba de inicios del siglo XIX, nacieron sus textos filosóficos: Elencos de 1812, 1813, 1814, 1816; los cuatro tomos de las Instituciones de filosofía ecléctica (1812-1814), la Lección preliminar del curso de 1818, las Lecciones de Filosofía, varias ediciones, los Apuntes filosóficos, también del curso de 1818; la Miscelánea filosófica, de 1819, las Máximas morales y sociales y algunos cuadernos y cartas en las que abordó temas de carácter filosófico.

Con todo esto en cuenta, podemos concluir que el padre Félix Varela sí fue un filósofo. No al estilo de Platón, Aristóteles o San Agustín, ni de los clásicos escolásticos de la Edad Media, como Santo Tomás de Aquino, Duns Scoto y San Buenaventura. Mucho menos al de los filósofos de la escolástica decadente de los siglos XVII y XVIII. Pero sí hay conexión entre su pensamiento, humanista y social, y el de los salmanticenses de los siglos XVI y XVII. El pensamiento del padre Varela puede situarse en el cauce del pluriforme pensamiento ilustrado, cercano a la ilustración católica, sea a la española –la de Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764)–, sea a la francesa o “anglicana”. En relación con los padres de la Iglesia y los grandes teólogos cristianos, escolásticos o no, tengamos presente que aunque el padre Félix Varela introduce en su filosofía temas propios de la filosofía moderna, así como el modo de razonar y de relacionar de los filósofos modernos, esto no excluye que tenga en común con los padres y los escolásticos clásicos, el corpus del pensamiento cristiano. Varela no tuvo quiebras en su fe como sacerdote católico y, no padeciendo de esquizofrenia intelectual, los contenidos de la fe no pueden no estar presentes en su pensamiento.

A Varela se le suele identificar, con sobradas razones, no sólo como un buen profesor de Filosofía, sino también como un reformador de los estudios de esa disciplina en el Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio. Al serlo en esta institución, lo fue para toda la Isla, dado el peso intelectual del Seminario en sus años de ministerio pedagógico. Peso comparable entonces, solamente, con el de la Pontificia Universidad San Gerónimo.

¿En qué ámbitos de la enseñanza de la filosofía resultó reformador el padre Varela? Por veracidad histórica, en el análisis del pensamiento y de la pedagogía vareliana, se le debería otorgar una cierta precedencia, cimentadora y cronológica, en las aulas del Seminario, al padre José Agustín Caballero, profesor y amigo de Félix Varela, tío de don José de la Luz y Caballero y, según el dictum de José Martí, “padre de los pobres y de la Filosofía”. José Agustín Caballero era un hombre iniciador, abierto a las nuevas corrientes de filosofía, ciencia y pensamiento en general, pero no olvidemos que en el inicio de su profesorado todavía era obispo de La Habana don José de Trespalacios, hombre bien formado intelectualmente, pero conservador confeso. Poco debe haber podido mostrar Caballero en relación con la filosofía Ilustrada. Algo se le percibe en sus textos escritos para el Colegio Seminario y un poco más en sus artículos periodísticos,

muchos de ellos firmados con pseudónimos.

Ya con el obispo Juan José Díaz de Espada en la sede habanera y con don Luis de las Casas como capitán general de la Isla, otros aires intelectuales y pastorales se dejaron sentir en el Colegio Seminario y en casi todo el ámbito intelectual de la Diócesis de La Habana. No solo porque hombres como el padre Caballero fueron más lejos en sus tanteos de reforma, sino, y sobre todo, por el estímulo y el apoyo dado por el Obispo al joven Félix Varela, antiguo alumno del padre Caballero, ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1811. A él debemos las reformas más radicales en relación con la enseñanza de las ciencias y de la filosofía. El padre Varela no fue un reformador solitario, pero sí fue quien, en Cuba, supo, en algunos casos, iniciar y, en otros, orquestar las reformas que estaban en la atmósfera intelectual de la época, en la mayor parte del mundo occidental y en el entendimiento y el corazón de una buena parte de los cubanos ilustrados.

Resumiéndolos apretadamente, los tópicos en los que podemos calificar a Varela como reformador no solo de los estudios de filosofía y ciencias (que entonces formaban parte de la misma cátedra), sino también del pensamiento filosófico como tal, son los siguientes:

1. La aprehensión de la filosofía como una conjunción bien articulada de saberes: de los antiguos y de los modernos, y de las diversas escuelas, sin exclusiones a priori. De ahí el calificativo de ecléctica o electiva que dio a su filosofía, pues tomaba de cada autor o escuela lo que consideraba válido. Se esforzó por presentar los diversos ingredientes, de manera articulada en torno a la "verdad" conocida por medio de la razón y de la experimentación –cuando esta resultaba posible–. Ese es el nivel propio de los estudios filosóficos y científicos, según la mejor tradición patrística y escolástica. En este ámbito, la renovación por parte de Varela consistió no tanto en la concepción de lo científico y lo filosófico, sino: a) en la metodología pedagógica utilizada –una especie de mayéutica puesta al día–; b) en la inclusión de estudios críticos de autores modernos –Descartes, Hobbes, Locke, Newton, Leibnitz, Francis Bacon, Antonio C. Destutt, Conde de Tracy, etc.–; c) en la relación copulativa entre su pensamiento propio –eje articulador– y las cotas de pensamiento veraz que creía encontrar en cada uno de los autores consultados.

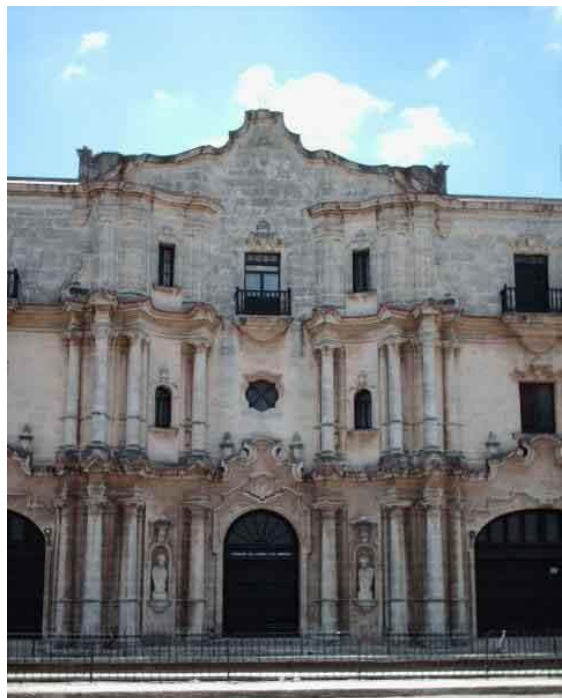
De acuerdo con la mejor tradición escolástica, que el Padre apreció, el conocimiento científico consiste en la *cognitio rerum per causas*, y el filosófico se define como *cognitio rerum per principia*. A la Teología –*scientia Dei et de Deo*– corresponde la consideración de los datos de la fe como fuente de conocimiento, pero Varela no enseñó teología en San Carlos. Su teología, tradicional en el mejor sentido de la palabra, sale a flote y se nos hace visible, en su período norteamericano: en las controversias periodísticas con los

protestantes y en sus trabajos en los Concilios de Baltimore, fundacionales para la Iglesia Católica en Estados Unidos de Norteamérica. Su "Catecismo", muy apreciado en su época, lo conocemos solo por referencias, pues está hoy perdido. Sería una pieza clave para analizar la teología del Padre. La "escolástica" rechazada de plano por él fue la decadente, en boga en los manuales del siglo XVIII. El padre Varela se habría manejado "a sus anchas" con las corrientes de pensamiento católico del siglo XX, sea con las propias de la teología y la filosofía neoescolástica, sea con las del neoagustinismo o con las del personalismo. Conociendo su actitud intelectual, ya es hora de que no se repita que rechazó la escolástica, sin más, porque no es cierto. Rechazó la escolástica en boga en el siglo XVIII, pero estudió, admiró y siguió en muchos tópicos la escolástica clásica, la verdadera, la fontal.

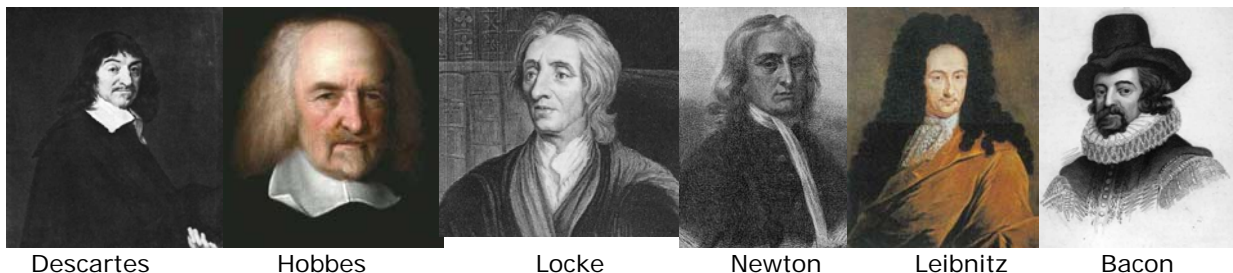
2. La insistencia en la experimentación necesaria en las ciencias: físicas, químicas y naturales. Todo ello se conjugaba, en San Carlos, en la época de Varela, con los estudios puramente filosóficos. En mis años de estudiante en el seminario habanero, llegué a ver algunos de los instrumentos de laboratorio, para las clases de Física y/o de Química, fabricados por el propio Padre, de acuerdo con catálogos de la época, o adquiridos por él, a distancia, (fabricados en Francia o en Inglaterra). Hoy esos instrumentos están perdidos.

Seminario de San Carlos y San Ambrosio

3. Siempre se menciona como una adquisición de la metodología pedagógica del padre Varela el cambio del latín por la lengua vernácula –el español en nuestro caso–, como lengua propia para los textos y las clases de filosofía. Posiblemente, él pensaría lo mismo acerca de los cursos de teología, que no explicó en el Colegio Seminario de La Habana. Tenía razón Varela. En principio, para el estudio de cualquier disciplina –científica, filosófica o teológica– es más conveniente, para la recta asimilación, que el profesor, el alumno y los textos fundamentales se expresen en la lengua vernácula. Hoy estas razones nos resultan más evidentes, pues ya se han dado pasos en el análisis de las relaciones entre las "estructuras" y los dinamismos psicológicos y las lingüísticos, en cuanto a la mejor comprensión y asimilación. Pero, precisamente



debido a estas relaciones, con respecto al latín, se debería matizar la "reforma" vareliana. ¿Por qué? Un cierto conocimiento del latín y del griego resulta imprescindible para el buen conocimiento de la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia, la teología y la filosofía de tradición cristiana. Son lenguas-madre. Los textos-fuente y muchas nociones posteriores han sido elaborados en esos idiomas y, en cualquier hipótesis, una traducción no equivale totalmente al texto original. Varela conocía muy bien el latín, suficientemente el griego, el francés y, más tarde, llegó a obtener un conocimiento perfecto del inglés, del que algo había aprendido en su niñez. En relación con el pensamiento contemporáneo –el de Varela y el de cualquier estudiante, siempre–, en cualquiera de los ámbitos académicos mencionados, se hace cada vez más necesaria una cierta familiaridad con las diversas lenguas vigentes, para poder "saborear" la disciplina en cuestión, cuyas fuentes y textos auxiliares no se suelen limitar a un solo idioma. Por lo tanto, junto a la insistencia en utilizar la lengua vernácula como lengua franca en la enseñanza, se debería insistir –en los tiempos de Varela y ahora– en la necesidad de meter el diente, sin miedo, a todas las lenguas necesarias para acceder mejor a los textos-fuente y a lo que se produzca en tal o cual idioma. Si se llegan a aprender bien, mejor; pero se impone, al menos, el conocimiento del "genio" propio de las lenguas-madre y de algunas más.



Descartes

Hobbes

Locke

Newton

Leibnitz

Bacon

4. Hay tres tópicos varelianos que suelen incluirse, en los ensayos acerca del Padre, en cuanto a su proyección sociopolítica: su clamor por la abolición de la esclavitud, por la independencia política de Cuba –en relación con España y con cualquier otro país–, y por el régimen democrático de corte parlamentario como meta para la sociedad cubana independiente. Que el Padre no se limitó a "pensar filosóficamente" acerca de estos tres temas, es cierto; pero no lo es menos que su proyección ética y política en la sociedad en la que vivió fue una traducción de sus convicciones. Su acción sociopolítica dependía de su pensamiento antropológico y de su filosofía ético-política –el texto y la acción, dependieron de la idea, no al revés–, no expresados sistemáticamente en cursos, pero sí presentes en muchos textos y en lo que, acerca de Varela nos han transmitido sus contemporáneos. Lo que subyace tras su pensamiento, los textos de sus proposiciones y en sus actitudes, es la concepción de la persona, evidente en la teología y en la filosofía de inspiración cristiana, desde los inicios del pensamiento cristiano, sea en la

Biblia, sea con posterioridad, ya desglosado y explicitado por los Padres de la Iglesia y por la filosofía y la teología escolásticas –la medieval, la renacentista y la barroca salmantina–, así como por el magisterio eclesiástico.

Hoy solemos diferenciar la antropología científica, de la filosófica y de la teológica; y en los tres niveles, se tiende a diferenciar también lo individual y lo social. Si consideramos estos tres temas en su dimensión universal, podríamos afirmar que el Padre no fue innovador en ellos, puesto que muchos pensadores cristianos, desde la Antigüedad, ya se habían pronunciado en contra de la esclavitud y de la dependencia imperial, así como a favor de la organización políticamente participativa (democrática) de la sociedad, bajo formas parlamentarias o análogas. No había un pensamiento cristiano unánime en relación con estos tópicos, pero ya eran sostenidos en sectores significativos de los saberes de inspiración cristiana. Ahora bien, si a escala universal no fue innovador, sí lo fue en Cuba. Es probable que antes que él nadie hablara en Cuba de estas cuestiones con tanta convicción y lenguaje tan rotundo y articulado, apoyado más que en cálculos socioeconómicos y políticos, en razonamientos eminentemente filosóficos, éticos y teológicos, que hoy calificaríamos como “antropológicos”.

Varela utilizó el razonamiento del cálculo económico y sociopolítico en los ambientes en los que debía hacerlo, pues eso era lo que interesaba a esos auditores, como fue en las Cortes de Madrid y Cádiz. Además, en el caso de los planteamientos en las Cortes, existía el interés por lograr la legislación adecuada, de ahí el uso inteligente de los argumentos y del lenguaje del derecho.

Si consideramos que el rechazo a la escolástica decadente del siglo XVIII, el cambio del latín por la lengua vernácula en la enseñanza de la filosofía y las ciencias, el método pedagógico más participativo y la introducción de autores contemporáneos, fueron componentes importantes en la renovación vareliana de los estudios filosóficos, me atrevo a afirmar que si tenemos una visión amplia del pensamiento filosófico y no lo limitamos a lo enseñado en las aulas del Colegio Seminario, nada resulta tan importante como las “innovaciones” del pensamiento en Cuba incluidas en este acápite: la abolición de la esclavitud, la independencia política y la convicción democrática parlamentaria.

5. También cabría en esta sección, como expresión de la filosofía política del padre Varela, su propuesta de una comunidad de Estados, originalmente territorios incluidos en el imperio español y ya naciones independientes cuando él escribió sus proposiciones a las Cortes. Estas proposiciones, como tantas otras, no se llegaron a

discutir debido al final abrupto de aquellas Cortes, en 1823. Aquí, como en los temas del párrafo anterior, me parece que las formulaciones jurídicas dependen de una concepción propia de la antropología filosófico-teológico-científica, proyectada en el ámbito, novedoso entonces, de las relaciones internacionales: ética, filosofía política y derecho internacional imbricados. Es ahí donde sí se nos manifiesta como un radical innovador. Estaba muy lejos todavía el día en que los ingleses establecieron el Commonwealth, con las naciones que habían sido parte del imperio británico.

Vigencia en Cuba de Varela y su quehacer filosófico

Durante los últimos decenios y, muy en particular, con ocasión del Encuentro Nacional Eclesial (ENEC), en 1986, y de la visita pastoral de S. S. Juan Pablo II a Cuba, en 1998, se ha plantado ante los ojos de muchos cubanos la personalidad modesta y radiante del padre Félix Varela. Para muchos de nuestros compatriotas se había convertido en un icono cubierto de polvo y casi olvidado en el desván universal de la memoria. Algunos lo clasificaron simplonamente como una persona más en el desfile de nombres aprendidos en los libros de historia; uno de esos personajes a los que se levantan monumentos y que, pasado el tiempo, muchos ni siquiera saben ya de quién se trata. Otros conocían el nombre y nada más; ignorando casi todo acerca de la condición de este hombre de luz, incluso ignoraban hasta su condición sacerdotal, que le marcó la vida. Los hay que sí, lo han conocido y apreciado siempre, pero sospecho que, en general, en el mejor de los casos, se le conocía y recordaba como figura histórica, un tanto momificada, sin trabajar por su vigencia efectiva en las situaciones contemporáneas. Sin embargo, pienso que nunca ha estado totalmente ausente de la entraña de nuestro pueblo.

Pero hay un minoritaria estirpe vareliana integrada por aquellos que, no conformándose con saber quién y cómo fue, han hurgado en su persona, en su ser y su existir, en su íntegro quehacer y en su enseñanza, para extraer de semejante fuente el agua lustral y la nutrición necesarias con que recorrer los senderos de la vida, la personal y la comunitaria, con ánimo positivo y con honra indoblegable. Estos últimos, tienen la convicción, de que el padre Varela podría tener vigencia, y no sólo recuerdo histórico, en la Cuba de hoy. Estoy convencido, de que posee una voz que todos los cubanos deberíamos escuchar y de que es un testimonio existencial válido, cuya imitación y seguimiento nos enriquecería sobremanera: estímulo y catalizador, espuela y catapulta.

Es cierto, y no lo deberíamos dejar de tener en cuenta, que del 17 al 20 de diciembre de 1997, tuvo lugar, en la Universidad de La Habana, un encuentro internacional vareliano, patrocinado por la Casa de Altos Estudios "Don Fernando Ortiz" de la misma Universidad y por la UNESCO. El tema unificador de conferencias y paneles fue "Félix Varela, ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana". Tuvo un alto

nivel científico, pero el alcance de estos eventos –en lo que a número de enterados y participantes se refiere– suele ser muy limitado y este no fue excepción. En realidad, tendríamos que esperar a la cuidadosa preparación y a la visita de S.S. Juan Pablo II para que Félix Varela saliera de los locales eclesiásticos y de las aulas a las plazas, y comenzara a aparecer frecuentemente en las pantallas de la televisión. Pero dar a conocer y ser conocido no equivale todavía a tener vigencia, aunque es ya un primer paso irrenunciable, necesario para la interiorización y la proyección fecunda hacia realidades distintas de las que el Padre vivió.

En más de una ocasión, durante su estancia en Cuba, Juan Pablo II nos habló del padre Varela, pero las referencias amplias y enjundiosas las reservó para su encuentro con los intelectuales en el Aula Magna de la Universidad, en la tarde del 23 de enero de 1998. Reproduzco a continuación algunas citas de aquella tarde.

Después de definir la cultura como “aquella forma peculiar con la que los hombres expresan y desarrollan sus relaciones con la creación, entre ellos mismos y con Dios, formando el conjunto de valores que caracterizan a un pueblo y los rasgos que lo definen”, Juan Pablo II nos dijo que “En Cristo, toda cultura se siente profundamente respetada, valorada y amada; porque toda cultura está siempre abierta, en lo más auténtico de sí misma, a los tesoros de la Redención”. Continuó después abundando en su concepción de cultura, de alma de la cultura y de evangelización de la cultura. Destaca entonces el Papa las raíces y los componentes de la cultura cubana. No podía faltar la mención al Seminario de San Carlos y San Ambrosio para llegar, por ese camino, al padre Félix Varela, a quien llama “piedra fundacional de la nacionalidad cubana”, porque “él mismo es, en su persona, la mejor síntesis que podemos encontrar entre la fe cristiana y la cultura cubana”.

Menciona su ejemplaridad como habanero, patriota y sacerdote, así como su fuerza renovadora, en la Cuba del siglo XIX, que se proyectó sobre los contenidos de la educación cívica y los métodos pedagógicos de la enseñanza científica y filosófica. Explicitando el legado de Varela, el Papa recuerda que él fue quien primero habló de independencia política de España y de democracia en estas tierras, así como de las exigencias que demanda ese proyecto, “el más armónico con la naturaleza humana”. Lo cual equivale a contemplar las repercusiones del pensamiento del Padre sobre el derecho constitucional, o sea, sobre la filosofía política y el derecho público.

Entendía Juan Pablo II, y así nos lo hizo saber en la Universidad, que la sociedad democrática, según el pensamiento vareliano, demanda: a) “personas educadas para la libertad y la responsabilidad, con un proyecto ético forjado en su interior, que asuman lo mejor de la herencia de la civilización y los perennes valores trascendentes, para ser así capaces de emprender tareas decisivas al servicio de la comunidad”; b) “que las

relaciones humanas, así como el estilo de convivencia social, favorezcan los debidos espacios donde cada persona pueda, con el necesario respeto y solidaridad, desempeñar el papel histórico que le corresponde para dinamizar el Estado de derecho, garantía esencial de toda convivencia humana que quiera considerarse democrática"; c) al recordar el Papa que, para el Padre, la independencia política de España era todavía un ideal inalcanzable, constata que esta convicción no lo paraliza, sino que le mueve a demandar y realizar lo que estaba a su alcance en orden a la consecución de tal meta: "formar personas, hombres de conciencia".

El pensamiento filosófico y político del padre Varela, no puede desligarse de sus convicciones cristianas. Juan Pablo II, refiriéndose a ello, nos decía que: "la motivación más fuerte, la fuente de sus virtudes", fue su profunda espiritualidad cristiana "buscar la gloria de Dios en todo". [...] "Esta es la herencia que el padre Varela dejó –nos dijo el Papa– el bien de su patria sigue necesitando de la luz sin ocaso que es Cristo. Cristo es la vía que guía al hombre a la plenitud de sus dimensiones, el camino que conduce hacia una sociedad más justa, más libre, más humana y más solidaria". No deja de recordar el Papa que "la antorcha que, encendida por el padre Varela habría de iluminar la historia del pueblo cubano, fue recogida [...] por José Martí [...] profundamente democrático e independentista, patriota, amigo leal aun de aquellos que no compartían su programa político [...] hombre de luz, coherente con sus valores éticos y animado por una espiritualidad de raíz eminentemente cristiana".

El Papa, conociendo nuestro pluralismo religioso e ideológico, y despojado de todo afán hegemónico, reconoce que en Cuba ya se da "un diálogo cultural fecundo" y anima a todos a proseguir por este camino para "encontrar una síntesis con la que todos los cubanos puedan identificarse, [...] consolidar una identidad cubana armónica que pueda integrar en su seno sus múltiples tradiciones nacionales. La cultura cubana, si está abierta a la verdad, afianzará su identidad nacional y la hará crecer en humanidad". En este diálogo debería estar incluida la Iglesia ya que ella, como las instituciones culturales del país, desea "servir al hombre, cultivar todas las dimensiones de su espíritu y fecundar desde dentro todas sus relaciones comunitarias y sociales". La pastoral de la cultura, imprescindible en la vida de la Iglesia, debe desarrollarse "en diálogo permanente con personas e instituciones del ámbito intelectual".

Terminó el Santo Padre su discurso poniendo "de nuevo en las manos de la juventud cubana aquel legado, siempre necesario y siempre actual, del padre de la cultura cubana; aquella misión que el padre Varela encomendó a sus discípulos: 'Diles que ellos [los jóvenes] son la dulce esperanza de la patria y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad'."

A los ojos del Papa, el padre Varela no es solo una persona acerca de cuya vida deberíamos estar bien informados –sobre todo porque su pensamiento filosófico está en las raíces del pensamiento filosófico y las

ideas políticas en Cuba—, sino que, dado el entrelazamiento de su vida ejemplar y de su pensamiento, con la evolución posterior de la propia identidad cultural cubana, es alguien que exige, no solo el recuerdo, sino una vigencia real, en las personas y en el tejido social de nuestro pueblo. No de manera exclusiva, pues hay otros cubanos cuya personalidad y enseñanza también son demandantes de vigencia, pero sí como alguien cuyo lugar se encuentra entre las piedras vivas fundacionales de nuestra identidad. Su lugar no es cualquier lugar, no es un elemento más en la construcción. Es piedra viva fundacional de la casa Cuba, savia imprescindible del árbol Cuba y antorcha necesaria para la navegación de la nave Cuba.

Podríamos, sin embargo, desglosar la vigencia que deseamos, su contenido y sus destinatarios —sin que pretenda aquí agotar sus posibilidades—, y especificar algunos aspectos que requieren una mayor atención en la Cuba de hoy. Pienso, en primer lugar, en los jóvenes, en los Elpidios contemporáneos. No dejemos de tener en cuenta que el nombre “Elpidio” se deriva de la palabra griega elpis, que significa esperanza; Elpidio podría traducirse como hombre esperanzador o esperanzado; hombre de esperanza. Ese es el destinatario simbólico y primero de las Cartas a Elpidio, la obra más válida hoy del padre Varela. Solo animados por esperanzas múltiples, ante todo en Dios, pero también, de otro modo, en tirios y en troyanos, podremos sintonizar con el padre Varela.

El legado del padre Varela es, ante todo, su propia persona, cuyas cualidades lo hacen un hombre poco frecuente en la historia de nuestro país. Fue un sacerdote ejemplar y coherente; en él no se descubren quiebras o contradicciones entre la fe, la condición humana, la adhesión temprana y sostenida a la espiritualidad propia de la Ilustración católica, el patriotismo razonable, la existencia sacerdotal ejercitada en servicios tan diversos como fueron el estudio, la investigación, el magisterio, la actividad política, el ministerio parroquial y la participación en el gobierno pastoral de la Diócesis de Nueva York, y, por último, el testimonio de la ancianidad, la soledad, la enfermedad y la muerte, asumidas con serenidad y entereza de ánimo notables. Varela fue ejemplo de sus contemporáneos y lo sigue siendo, porque fue, simultáneamente, un hombre integérrimo, articulado y cercano. Suscitaba admiración y respeto, sin menoscabo de la proximidad y de la simpatía. Por sus contemporáneos, sacerdotes y laicos, católicos y no católicos, sabemos que imitarlo no era un esfuerzo inútil. La mejor enseñanza del padre Varela reside, pues, en su manera de ser y de existir y en el aliento, transmitido en su entorno, de ser y de existir como él, lo que no quita valor a su obra escrita, sino que la ensalza con la plusvalía de la coherencia entre obra y vida.

En relación con los intelectuales, la vigencia vareliana hoy tendría también sus tonos peculiares. Todo intelectual está llamado a ejercer, directa o indirectamente, alguna forma de magisterio. Del padre Varela

los intelectuales cubanos podrían aprender un cierto estilo que supone, ante todo, vivir coherentemente su vocación, con actitud congregante y participativa, sin pedantería, ni distanciamientos elitistas. Lo que el intelectual conoce, debe compartirlo; para eso lo recibe. No debería ignorar que dando lo que tiene, él también recibe. Esta observación resulta enriquecida si tenemos en cuenta la variedad de cuestiones de las que se ocupó el Padre. Bastaría revisar el elenco de los libros que componían su biblioteca, la que quedó en Nueva York cuando, debido a su salud quebrantada, marchó a San Agustín donde encontraría la muerte.

Ya podrían aprender del Padre algunos intelectuales del patio a no ser personas unius libri, de un solo libro, de un solo foco de interés. ¡Qué pobreza la del que se concentra en una disciplina intelectual, de manera tan exclusiva, que ignora todo lo que no sea ella misma! ¿Cómo podrá relacionarse adecuadamente con la realidad y con las demás personas y cómo podrá, incluso, relacionar su disciplina con todo lo que de un modo u otro la afecta? Ya sabemos que hoy no podríamos ser humanistas al estilo de los renacentistas, pero una buena dosis de “cultura humanista” resulta imprescindible para sustentar, con racionalidad, una ética sólida, personal y social.

Varela es uno de los mejores ejemplos de esta actitud abarcadora que encontramos en nuestro pueblo. Después de los estudios primarios, aprendió latín y griego; luego, filosofía y ciencias; más tarde, teología y derecho. Siendo todavía estudiante, enseñó latín; después, filosofía, ciencias y derecho constitucional. Mientras tanto, continuaba con sus estudios y lecturas de la Biblia, de los Padres de la Iglesia, de los maestros de la teología católica, de los autores espirituales y de los buenos cultivadores de las letras; tocaba el violín y escribía poesías y piezas de teatro; asistía él mismo a conciertos y espectáculos teatrales; participó activamente en los quehaceres múltiples de la Sociedad Económica de Amigos del País y fundó la institución que, con los años, llegaría a ser la Sociedad Filarmónica de La Habana, promotora de la buena música en nuestra ciudad. Por cierto, todo parece indicar que, aunque gustaba de los compositores de óperas románticas de la época, o sea de los inicios del siglo XIX (Bellini, Donizetti, Rossini), su compositor preferido era Ludwig Van Beethoven. ¡Estaba al día...y no tenía mal gusto! La multiplicidad de intereses continúa presente durante su estancia en Nueva York, aunque en esa etapa el mayor acento estuvo puesto en los menesteres de la parroquia y de la Vicaría General y en la atención a los cubanos y a las realidades cubanas.

O sea, prácticamente, el pluralismo de intereses y de dedicación estuvo presente hasta el final de la vida terrenal del padre Varela, pero no se trataba de una diversidad desordenada, sino de un mundo rico, muy bien articulado en su personalidad equilibrada, cristiana y sacerdotal. La familia, la escuela, la universidad, la Iglesia, los medios de comunicación social, etc., es decir, toda persona y/o institución relacionada con la

formación de niños y jóvenes, y con la orientación de los adultos, debería prestar atención a esta imbricación bien estructurada entre la instrucción vasta y la educación ética y estética, que nos conducen a una mejor aprehensión y vivencia de la condición humana. Al estilo vareliano.

El padre Varela supo ser muy coherente con los contenidos de la fe católica y la adhesión eclesial, lo cual trae consigo el empeño evangelizador. Pero sabía de sobra, como conocedor de la realidad humana que le tocó vivir, que no toda persona es católica, y que la fe religiosa, ni la católica, ni la de ningún otro color, es fruto de solo de los esfuerzos humanos. Es fruto de la conjunción de la gracia de Dios y de la libertad humana responsable. Por lo tanto, sabía bien –y abundan sus textos al respecto– que en materia religiosa y ética no debería darse lugar ni a la imposición ni al fanatismo, sino al diálogo y a los intentos de persuasión razonable y respetuosa de las distintas identidades. Aunque este no es el lugar para desarrollar mis puntos de vista al respecto, me parece que, en la Cuba de hoy, una persona ilustrada, religiosa o no, que se identifique como “vareliana”, debería contemplar con pupila muy despierta el fenómeno integral de los sincretismos religiosos: entre el cristianismo y las religiones de origen africano y entre las religiones de diverso cuño y las pseudorreligiones propias de la New Age, más bien epocales, no raigales. Hoy se presentan entre nosotros y se “justifican”, indiscriminadamente, todas las formas de sincretismo como consecuencia de nuestro mestizaje cultural, en el primer caso mencionado; o del “todo vale” de la posmodernidad, en el segundo.

Se impone un discernimiento generalizado y los responsables de las políticas culturales en el país son los primeros convocados para poner coto a las involuciones culturales –realizadas bajo la sombrilla de la religión y de los derechos humanos–, de las que todos somos testigos. La promoción de lo genuinamente cultural es el mejor antídoto –y se realiza esta promoción, aunque no siempre por cauces acertados–, pero no podemos esperar grandes efectos positivos, si simultánea y esquizofrénicamente se permiten, y hasta se promocionan también, dañinas involuciones socioculturales. La actitud personal y el pensamiento del padre Varela, frente a las situaciones religiosas y éticamente conflictivas de su época, nos iluminan en la nuestra. Releamos con esta perspectiva las Cartas a Elpidio, algunos artículos de El Habanero y algunas reflexiones filosóficas sobre tópicos de esta índole, y encontraremos luces capaces de clarificar nuestros paradigmas éticos y culturales que, frecuentemente, nos parece que si bien no están del todo ausentes, sí da la impresión de que están diluidos y carentes de las debidas jerarquizaciones.

En nuestra contemporaneidad valen también, entrelazados con su magisterio testimonial, la actitud y los criterios pedagógicos del Padre, que no pueden faltar en este desglose de la eventual vigencia de Félix Varela para nosotros. No abundo en lo que ya he expuesto en otros ensayos y en lo que otros han escrito con mejor pericia profesional que

yo, pero insisto en cuán necesario sigue siendo atender no solo a lo que se enseña, sino también al cómo se enseña. Lamentablemente seguimos teniendo muchos maestros, en todos los niveles y en todas las disciplinas, poco capacitados en la materia que enseñan y tan simplonamente repetidores y autoritarios, exigentes sostenidos de una actitud pasiva del alumno, que no pueden ni despertar interés, ni colaborar al desarrollo del entendimiento. Varela deseó barrer el método del magister dixit, frecuente en una cierta escolástica decadente de los siglos XVIII y XIX; pues bien, el Padre podría darse un paseíto por nuestras aulas y descubriría muchas actitudes análogas, a más de un siglo de su muerte.

Hoy el ejercicio de esa metodología es tanto más irresponsable y censurable porque en estos últimos ciento setenta años se ha avanzado sobremanera en el conocimiento de la persona, del psiquismo, de los resortes de la comprensión y, en términos generales, de los caminos del aprendizaje. Lo que, en este terreno, se podía excusar todavía en los inicios del siglo XIX, es francamente inexcusable al comenzar el siglo XXI. A la participación activa del alumno en las clases –esa especie de mayéutica vareliana que sus alumnos tanto agradecieron y nunca olvidaron–, habría que añadir, como una expresión de esa participación activa, la experimentación en el estudio de las ciencias (física, química y ciencias naturales) que aunque se da entre nosotros, no alcanza todavía los niveles deseados.

Otro aspecto capital en la metodología pedagógica del Padre fue su utilitarismo rectamente entendido, o sea, su empeño por enseñar lo que resulta verdaderamente útil, tanto en el orden del pensamiento filosófico, incluyendo en él la ética, como en el del pensamiento científico. Utilitarismo que no se debe equiparar al pragmatismo burdo, pensado en términos de inmediatez y despojado de eticidad. Para el Padre nada es más útil que la búsqueda de la verdad y la práctica de la virtud. Es en este horizonte el que se debe colocar su utilitarismo, empeñado en barrer las cuestiones bizantinas, que sí son inútiles y que tanto contribuyen a apagar el interés de los estudiantes. No pueden descubrirles la utilidad para la vida, ya que no la tienen, y razonablemente piensan que no vale la pena dedicarles algún esfuerzo.

El cimiento del aprendizaje reside en aprender a pensar bien; lo que equivale a decir que la responsabilidad cimera del maestro es enseñar a pensar bien, con cabeza bien estructurada y con pensamiento propio. Es el sentido del dictum de don José de la Luz y Caballero sobre su maestro, el padre Varela: “Mientras se piense en la isla de Cuba, se pensará en quien primero nos enseñó a pensar” (o “en pensar”, según otra versión del dictum que no cambia su sentido). De ahí la importancia concedida por el Padre a la enseñanza de la lógica, como fundamento de cualquier estudio ulterior, para que el joven estudioso sea capaz de proceder con pensamiento veraz, bien articulado y rectamente dirigido, y pueda llegar así al conocimiento de la verdad propia del estudio en cuestión (científico, filosófico, jurídico, político, teológico, etc.). Tengo la impresión de que

este empeño por enseñar a pensar bien, articuladamente y con pensamiento propio, no ocupa el lugar debido en nuestra pedagogía contemporánea: ni en la de los mayores en el hogar, ni en la de los maestros en los centros de enseñanza.

La metodología pedagógica vareliana también incluía, junto al estímulo por ampliar el campo de los estudios o, dicho de otro modo, los focos de interés –rasgo vareliano ya subrayado–, el señalamiento de las relaciones de diversa naturaleza que pueden existir entre las materias de estudio: concatenación, dependencia en una u otra dirección, condicionamientos de tiempo y lugar, etc. Tampoco veo esta realidad como una adquisición generalizada en la pedagogía cubana contemporánea.

Como corolario de todas estas reflexiones, podríamos preguntarnos razonablemente si los contenidos de las disciplinas que enseñó Varela y la filosofía que expuso fuera de las aulas, tienen todavía alguna vigencia. También aquí se impone el discernimiento, pues es cierto que el pensamiento humano, las ciencias y las tecnologías, la práctica política y la experiencia eclesial han recorrido un largo e intenso camino desde los tiempos del padre Varela hasta nuestros días. Sin embargo, en el terreno de los principios, el contenido de las enseñanzas varelianas acerca de lo religioso –en sí y en Cuba–, de la ética, de la persona, de la estética, de la sociedad civil, de la patria, de las relaciones internacionales (de manera particular en relación con España e Hispanoamérica), de la valoración de las ciencias y de la experimentación, etc., mantiene su validez. A todos los que tenemos la responsabilidad de enseñar, nos convendría, de vez en cuando, darnos un bañito nutricional en esas aguas varelianas.

En relación con los tópicos en los que he apelado a la vigencia del pensamiento y/o el ejemplo del padre Varela, convendría abundar en algunos desiderata comunes. Por ejemplo: la fidelidad al pensamiento vareliano trae consigo el distanciamiento de toda forma de fanatismo, de idealización o mitificación deformante de la realidad y de pseudoespiritualismo desencarnado, sin incidencia en la vida concreta. De las actitudes contrapuestas, o sea, de racionalidad y de fe razonable, de sano realismo y de espiritualidad evangélica, la vida de Félix Varela es testimonio y enseñanza y en sus escritos aparecen, esparcidos, mensajes de esta índole, concentrados, sin embargo, con mejor diafanidad, en las Cartas a Elpidio. Estas tres notas tienen vigencia suma en la Cuba de hoy, pues a pesar de las que don Fernando Ortiz llamara “revoluciones racionalistas”, los cubanos seguimos inclinándonos fácilmente al fanatismo, a la mitificación de la realidad y a diversas formas de pseudoespiritualidad desencarnada, tanto en el ámbito estrictamente religioso, como en el de la vida civil. Por lo general, forman una madeja, se entrelazan: quien, sin dejar de contemplar las mayores alturas, se esfuerza por cultivar una espiritualidad asentada en lo real, normalmente trata de aprehender la realidad, aunque esta no sea de su agrado, y mantiene sus actitudes vitales sujetas por una sana racionalidad. Por el

contrario, quien consciente o inconscientemente cultiva el delirio espiritual que ignora la naturaleza, percibe una imagen muy distorsionada de esta y, fácilmente, cae en cualquier suerte de fanatismo (religioso, político, cultural, etcétera).

Para el padre Varela esa espiritualidad capaz de cimentar una existencia humana de manera tal que esta pudiera crecer hasta alcanzar la mayor plenitud posible, es la espiritualidad católica. Sin embargo, él conoció, trató familiarmente, respetó y admiró a personas que profesaban religiones no católicas y a personas que no profesaban religión alguna, pero para él las mayores posibilidades de desarrollo humano estaban en el seguimiento e imitación de Jesús en la Iglesia Católica. Dicho de otra manera, en la vivencia genuina de la fe en el Dios de Jesucristo. Expuso y propuso su pensamiento con humildad y respeto pero, al mismo tiempo, con claridad y firmeza, sin quiebras. Los errores y los pecados de los miembros de la Iglesia Católica, le generaban dolor, pero no "complejos" y, mucho menos, simulaciones en su conducta o en la exposición de su pensamiento. En esto también tiene vigencia el Padre, sobre todo para los católicos. Estamos llamados al diálogo, forma de la caridad fraterna en una sociedad pluralista como la nuestra, frente a cualquier forma de conflictividad religiosa o social. Pero el diálogo supone el compromiso de las partes con la parcela de verdad que poseen y que las posee, así como, la capacidad de escucha, de tomar en cuenta con seriedad el pensamiento del "otro". El mejor aporte que la Iglesia Católica puede ofrecer a la nación cubana, en este momento de su historia, es la exposición y el testimonio de la verdad acerca de Dios, acerca del hombre y acerca del mundo en el que el hombre vive y se desarrolla, valorando la luz de la fe, pero también, y por cierto con mucha firmeza, la necesidad de la razón. Terreno común a todas las personas. No olvidemos que en las más frecuentes formas de la posmodernidad, la irracionalidad reina. Sin abandonar nunca la opción por el estilo dialogal, integrado en su tarea evangelizadora. De todo ello, el padre Varela puede darnos lecciones eminentes, sea durante su vida en La Habana, en su desempeño como diputado a las Cortes en España o durante su prolongada estancia en Estados Unidos de Norteamérica, principalmente en Nueva York.

En el ámbito político, si habló de guerra como medio necesario para la independencia política de España, él, que no era hombre de violencia, fue debido a la convicción de que ya nada se podría obtener del gobierno español por medio de las vías civilistas; convicción que adquirió en España durante su estancia en las Cortes. Sabemos que su proyecto original no era de independencia, sino de autonomía y que contaba con los medios parlamentarios para obtenerla. Solo al fallar estos, postuló la guerra. Me pregunto si ante la naturaleza de las guerras contemporáneas, continuaría postulando la guerra como una solución apropiada al fallar otros medios, o si hablaría de ella más bien como la última de las posibilidades y como un serio descalabro de la persona humana, por no decir fracaso, al no ser otra cosa que la derrota de las fuerzas de la razón

a favor de las falsas razones de la fuerza.

Con el tema de la independencia se enlaza una actitud frecuentemente señalada en relación con el Padre. Sea en este ámbito sociopolítico, sea en otros, la constatación de la imposibilidad temporal de aquello que consideraba óptimo, no lo paralizaba; se lanzaba entonces a lo bueno posible. Por ejemplo, para él la independencia política de España y el establecimiento de un régimen democrático de corte parlamentario era una meta sociopolítica que no creía realizable por el momento. Se dio entonces a la tarea de formar –en la medida de sus escasas posibilidades– hombres capaces para asumir la independencia y la democracia parlamentaria, cuando llegara el momento oportuno.

En nuestro país, muchos experimentan la imposibilidad transitoria de construir una sociedad de acuerdo con su visión de esta. Se sienten incómodos en la sociedad cubana contemporánea; querrían otro tipo de organización sociopolítica y económica, y por el momento no ven el camino de realización de su proyecto. Esto los lleva a una apatía social o al distanciamiento geográfico. La lección de Varela, a mi entender, es otra. Creo que él se preguntaría cuáles serían sus posibilidades de realizar algo positivo, en el seno de su Iglesia y de su pueblo, en la línea de su proyecto, dentro del ámbito real de la sociedad cubana actual y siempre en actitud dialogal, que no ignora a “los otros”; qué podría sembrar, sabiendo que probablemente no le tocaría realizar la cosecha.

Sería este, según mi criterio, el estilo vareliano de trabajar hoy por el bienestar integral de los cubanos: aportar lo bueno posible, con realismo (que no equivale a conformismo estéril) y, simultáneamente, con visión amplia, abarcadora y ungida por la nostalgia de la futuridad mejor par la casa Cuba.

Los que asumimos la paternidad de Félix Varela, deberíamos seguir, sin ruido pero con tenacidad, ese camino generoso, cuesta arriba y sabio. A lo largo de ese camino encontraremos a los cubanos que desean mejorar el proyecto socialista actual, lograr que resulte más eficaz para la consecución del mayor bienestar posible de todos los cubanos. Encontraremos también a los que estiman que cualquier proyecto socialista ha quedado descalificado por historias recientes y, siguiendo esa línea de pensamiento sociopolítico, se afanarán por el tránsito hacia una sociedad liberal, de corte neocapitalista, con mayores o menores retoques que den cabida al bienestar compartido. Me parece que los dos caminos pueden ser coherentes con una visión cristiana del hombre, de la sociedad nacional y de la sociedad internacional. El que me conozca bien, debe saber cuál es la ruta de mis preferencias que, a mis ojos, estaría más cercana a la opción humanista que podía hacer el padre Varela, si viviese en los albores del siglo XXI. Pero preferir, no significa necesariamente excluir. Tengo mi pensamiento en el espacio sociopolítico y económico, pero no descalifico al que piense de otra manera.

En todo caso, no lo pidamos al padre Varela precisiones contemporáneas sobre la polis. El mundo contemporáneo, globalizado, presenta otras oportunidades y otros riesgos desconocidos en la primera mitad del siglo XIX. Pero si buceamos en su manera de proceder y en sus escritos, acerca de todo lo relacionado con las realidades sociopolíticas y económicas, no resulta un descubrimiento del Mediterráneo estimar que el Varela deseaba para Cuba –ya lo he escrito con anterioridad– una sociedad política democrática, participativa, de corte parlamentario, pensada y llevada a efecto por todos los cubanos, actores y no simples espectadores de la cosa pública, ungida en todos sus aspectos por lo que hoy calificaríamos como justicia social. Rechazaba muy explícitamente la esclavitud, o sea, la mayor enfermedad social del momento. Rechazaba, también de manera explícita, toda forma de anexionismo. Recordemos su expresión: Cuba debe ser en lo político tan isla como lo es en lo geográfico. Los medios para realizar tal ideal incluían, ante todo, la Ética Cívica, así, con mayúscula. O sea, la virtud que incluye el compromiso responsable con la búsqueda incansable de la verdad y de la justicia en todos los niveles, de todas las formas posibles de honestidad y de las mayores cotas de libertad responsable, así como la formación intelectual seria para los diversos menesteres que la sociedad democrática requiere.

Ya he afirmado en párrafos anteriores de este texto que la construcción de la polis supone, desde siempre, desde mucho antes de la existencia del padre Varela y con mayores razones hoy, el pluralismo de opiniones en los ciudadanos-actores. Al respecto, ya los antiguos romanos afirmaban *Tot sententiae quot capita* (Hay tantas opiniones cuantas sean las cabezas). El pluralismo político inevitable, bien encarado y nunca disimulado bajo máscaras de unanimidades casi nunca logradas, es una realidad enriquecedora y purificadora, siempre que se viva con espíritu de diálogo franco y respetuoso de las diversas identidades, y con el empeño por la concertación, noble y generosa, de las voluntades concernidas. Con el vocabulario propio de su época, que no es el nuestro, el padre Varela contempló con inteligencia y virtud esta realidad, rechazando la violencia de la guerra y de las marginaciones sociales a los últimos lugares de las opciones posibles. Su escenario era la mesa de negociaciones, no el campo de batalla, aunque haya llegado a afirmar que la guerra, al fin y al cabo, sería el único camino posible para lograr la independencia política. Podríamos especular cuál habría sido nuestra historia si Cuba hubiese obtenido la autonomía en el primer cuarto del siglo XIX. No sé cuál habría sido, pero estoy seguro de que habría sido diversa y, probablemente, mejor que la que en realidad ocurrió y conocemos.

Y termino esta reflexión sobre el legado de Varela en el ámbito sociopolítico reiterando –lo repito en muchas ocasiones– que, al Padre, lo imposible circunstancial ni lo paralizaba, ni lo orientaba hacia caminos errados o erráticos, sino que lo estimulaba certeramente hacia lo bueno posible, o sea, hacia lo que conduciría a la obtención de las metas deseadas. Quiera Dios que nuestros Elpidios de hoy deseen erguirse verticalmente, porque tienen vértebras de acero y de titanio que se lo

permitirían. Traten de hacerlo todo bien, todo lo bien que puedan, con una conjunción perfecta, sin disonancias ni estrépitos, en esta casa Cuba, en construcción y restauración perdurables y articuladas. Tenemos que cuidar de ella. Es la nuestra. La única nuestra. Todo lo demás, es espejismo en el desierto.

¹ Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 165.